

Pero nada tan repugnante como estas córtes.

Se apeló á todo, á la intriga, al soborno, á las traiciones mas vergonzosas.

Los personeros se desentendian del interés comun y de la justicia en provecho propio, y ponian á su miserable voto precios exorbitantes.

Don Juan y don Juan Nuñez ofrecian: el infante don Pedro amenazaba; la reina doña María pretendia persuadir: rogaba la reina doña Constanza, y ofrecia á su vez para en el dia en que teniendo la crianza del rey su hijo y la tutela de éste, pudiera premiar á quien la sirviese.

En cuanto al rey y al reino, nadie se acordaba de ellos; el rey era el pretesto para esplotar: el reino la cosa esplotable.

La reina entre tanto, siempre prudente, aconsejaba á don Pedro se aviniese con su tío y con don Juan Nuñez, que seguia alharaqueando y diciendo que el infante don Pedro no se atreveria con ellos en campo raso.

Por esto la reina queria terminar aquellas diferencias; pero el enérgico mancebo la contestó que estaba ya cansado de las continuas bravatas de aquella gente atrevida y loca y que se iria á los lugares donde estaban, y si guerra querian, guerra les daria; pero que si le pedian humildemente tregua, se la otorgaria.

Pidiéronla como la queria el infante don Pedro; y este triunfante tan á poca costa, se la concedió.

En tales y tan difíciles circunstancias se celebraron las córtes en Palencia, desunidas las reinas, enemistados los infantes, y contrapuestos los ricos hombres.

Don Pedro, no atendiendo mas que al valor, y siendo mas valiente él solo que todos los otros juntos, no meditaba que un

acto de fuerza ejercido contra ellos en aquellas circunstancias en que estaban reunidas las córtes, los autorizaria para protestar contra lo que en las córtes se determinase, bajo el pretesto de que lo habian hecho con *premia*, como se decia entonces, ó como se diria ahora, influidos por la fuerza.

Las córtes declararon al fin, pero no unidas como debieran, nombrando por unanimidad la regencia mas conveniente, dándola de este modo la autoridad necesaria.

Pero los personeros, que estaban hondamente divididos, tiraban cada cual por una parte, y todo era sobornos, cohechos, instancias, intrigas y malas artes.

La confusion era terrible; los personeros, esto es, los diputados, vista la grande importancia del asunto que á ellos se sometia, procuraba sacar cada cual de su voto el mejor partido posible.

Los concejos de Castilla y de Leon, los de Astúrias y Galicia, los de las Estremaduras y Andalucía, formaban tres grandes grupos que no podian ni querian entenderse.

Los que estaban por la reina y por el infante don Pedro se juntaron en San Francisco, y los que por el partido del infante don Juan, en San Pablo.

No fué posible la reunion de las córtes en un solo cuerpo, por mas que los que seguian el partido de la reina, aconsejados por ella, lo solicitasen.

Así es que resultaron dos tutelas, porque cada una de las fracciones de las córtes nombró un tutor.

En vano el infante don Pedro pretendió llegar á una avenencia, y envió al obispo de Ciudad-Rodrigo á que la propusiese al infante don Juan.

El obispo volvió, trayendo una concluyente negativa, por mas que la propuesta hubiera sido razonable, justa y conveniente.

Consistia en que ambos infantes y la reina tuviesen la tutela, es decir, la gobernacion, sobre aquellas villas que los habian elegido tutores; y que por esta razon no se hiciese guerra ni resultase cosa que parase á los reinos perjuicio.

Pero la impremeditada negativa del infante don Juan, produjo los males que eran de temer.

El guerreador infante don Pedro, apelando á las armas de la nulidad de lo determinado por aquellas córtes tumultuosas, que habian dejado de ser la representacion de los reinos desde el momento en que se habian dividido, replicó á la negativa de arreglo con que le habia provocado el infante don Juan, acometiendo y tomando la villa de Palencia, y poniéndose entre el infante don Juan y el infante don Juan Manuel, encerrándole en la casa de don Guillen de Rocafria, donde permaneció sin atreverse á salir, desentendiéndose del reto del infante don Pedro.

Don Juan, una vez llevado el negocio á las armas, esquivando tambien el reto de su sobrino, se fué á Peñafiel, con mas visos de huida que de retirada.

El crédito del infante don Pedro crecia.

Sus enemigos no se atrevian á hacerle frente.

Don Juan se consagró á aumentar cuanto pudo sus fuerzas,

pero creyéndolas sin duda insuficientes siempre para medirse con don Pedro, consideró que era mejor una mala avenencia que la disputa de una dudosa victoria; y cambiados mensajeros y prestados por una y otra parte homenajes, se vieron la reina doña María y el infante don Juan, y convinieron fuesen tutores la reina, el infante don Pedro y el infante don Juan, de las villas que para este alto cargo los habian elegido á cada uno de por sí, y se otorgó entre ellos una firme y leal amistad.

De la reina doña Constanza se habia prescindido completamente, tanto para la cuestion de tutoría como para la crianza del rey, y vivia triste, retirada y enferma, demandando siempre ver á su hijo, y ocultándolo siempre el obispo de Avila en el fondo de su catedral.

A todo esto, el infante don Pedro, que no reposaba, ya por sus cartas, ya por las de la reina doña María, ya con su presencia y el bélico aparato de que iba rodeado, se hacia reconocer tutor por muchas villas que le aclamaban de buen grado; porque el jóven infante, á causa de su valor y de sus arranques generosos, se hacia cada vez mas popular.

Entre tanto, y para aumentar su popularidad, de tiempo en tiempo se entraba el infante en son de guerra por la frontera de Granada, combatia con los moros, los vencía, les talaba los campos, y con grandes presas y muchos cautivos se volvía á la gestion de los negocios interiores, siendo aclamado arduosamente por los lugares por donde pasaba.

La reina doña María ayudaba por su parte eficazmente al infante don Pedro.

Llamóle juntamente con el infante don Juan al monasterio de Palencia, adonde habian sido tambien llamados los próceres,

los prelados, los personeros de los concejos, esto es, las córtes, y allí se propuso, se aceptó y se firmó la concordia de la manera siguiente: primero, que fuesen tutores cada uno de ellos de aquellas villas que por tutores los habian tomado, y que fuesen amigos; segundo, que la crianza del rey la tuviese la reina doña María, su abuela, y no otro ninguno; tercero, que la cancellería del rey estuviese con el rey, que se rompiesen los sellos reales de que hasta entonces habian usado cada uno de los tutores, y que no hubiese mas sello que el de la cancellería del rey, y que los tutores tomasen cartas blancas, cuantas hubiesen menester, para sentenciar los pleitos de las villas y lugares de su tutoría.

Pero no siendo todavía este un arreglo definitivo y bastante, se acordó convocar córtes para Burgos á fin de que terminasen la cuestion.

Reunidas estas córtes, acordaron que los tutores fuesen tres: la reina doña María, el infante don Pedro y el infante don Juan, y que muerto uno de los tutores, la tutela quedase en los que sobreviviesen.

En el momento en que se hizo por las córtes de Burgos esta concordia, el obispo de Avila entregó á la reina doña María el rey su nieto, que esta señora se llevó á Valladolid, adonde llamó á su hijo y á su cuñado los infantes don Pedro y don Juan,

deseosa de avenirlos; pero esto no era fácil: causaba la enemistad de don Juan contra don Pedro la concesion que el Papa habia hecho al segundo de las tercias y diezmos eclesiásticos, con cuyas rentas don Pedro tenia dinero bastante para mantener una numerosa hueste y hacer la guerra á los moros, con cuyo objeto se le habian concedido estas rentas; y unido á estos medios su valor, se cubria de gloria, volviendo de sus empresas contra el reino de Granada para recibir el homenaje de la admiracion y del entusiasmo de los castellanos.

Esto causaba la mortal envidia del infante don Juan, al cual no habia querido ceder don Pedro ni una mínima parte de estas rentas.

En mal hora pretendió la reina avenir á los dos infantes, porque los resultados de esta avenencia fueron funestísimos.

La concordia se basó en que los dos infantes entrasen juntos á correr las tierras de Granada, sufragándose los gastos de la empresa con el dinero de las tercias y diezmos.

La reina creyó que la comunidad de la victoria podria ser el principio de una sincera alianza, basada en el interés, entre los dos infantes. ¿Ni cómo no esperar una victoria, cuando tantas veces habia vuelto vencedor el infante don Pedro?

Pero la reina habia unido la sierpe al leon, y los resultados fueron tristísimos.

Antes de pasar adelante, y porque el orden de los sucesos no nos lo ha permitido, diremos que la reina doña Constanza,

aflicida por la muerte del rey su esposo, y sobre todo por verse separada de su hijo el rey don Alfonso, murió llena de dolor en el mes de noviembre de 1313, y en tal miseria, que para atender á su subsistencia y al pago de sus deudas, se vió obligada á vender sus joyas; no bastando esto aún, como lo declaró en su testamento.

La muerte de la reina doña Constanza habia influido en gran manera en los negocios públicos, dejando aislado y solo, con sus pretensiones sobre la tutela, al infante don Juan.

Partieron para Andalucía con una respetable hueste, avenidos ya y ganosos de fama los dos infantes tio y sobrino, y llegados á la frontera del reino de Granada, la acometieron bravamente.

Llevaban los dos infantes nueve mil de á caballo bien armados y gran número de lanzas; en Alcaudete se les habian unido las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, con sus maestres al frente, y los arzobispos de Toledo y de Sevilla.

Rompieron los infantes por la frontera desde el castillo de Tiscar, que poco antes habia tomado el infante don Pedro, talando la Vega hasta Alcalá de Ben-Zaide, que tomaron con gran facilidad porque estaba desprovista la villa; dejándola guarnecida, pasaron desde allí á Illora y quemaron el arrabal.

Al otro día fueron sobre Pinospuente, á dos leguas de Granada, y aparecieron á la vista de la ciudad en la mañana de San Juan del año de 1319.

Hay una llanura estéril, pedregosa, solitaria, entre Pinospuente y la falda de Sierra Elvira.

En aquella llanura funestamente célebre, que lleva por nombre el Campo de los Infantes, levantaron su real don Juan y don Pedro, y esperaron al enemigo, á quien casi á las puertas de su ciudad presentaban batalla, ordenadas las haces, preparados ya para ganar una victoria que creian indudable.

Muhamed II, hermano de Zayda Fatima, habia sido destronado en 1308 y habia muerto en 1314; su sucesor Ferag-ben-Nazar¹, arrojado tambien del trono en 1313.

Dejó el gobierno de Granada á Abul-Walid-Abu-Said-Ismail, que reinaba cuando aconteció la entrada en la Vega, hasta la vista de la ciudad, de los infantes don Pedro y don Juan, de cuyos sucesos nos estamos ocupando.

Las atalayas de los montes habian hecho con densas humaredas la señal de alarma.

Todos los moradores de las villas de la Vega salian armados, en una inmensa algarada.

No cesaba de retumbar la campana de la gran torre de la Alcazaba de la Alhambra, llamando á los muzlimes á la guerra santa contra los cristianos.

Aquel día de San Juan amanecía terrible.

Los moros de la Vega corrian á los muros de Granada y se agolpaban en taifas delante de ellos, esperando un caudillo que con los de la ciudad los llevase contra el enemigo.

El rey de Granada nombró caudillo de la vanguardia al par-sio Mahragian, africano terrible acreditado en duras lides.

Con él fué la gente de la Vega y la inmensa caballería de Granada.

¹ Ferag-ben-Nazar-Ismail-ben-Juzef-ben-Muhamad-ben-Abded-ben-Muhamad ben-Hasain-ben-Ocail-el-Ansari-el-Chazregi.

El rey Ismail, mandando en persona la reserva, siguió á Mahragian con lo mas escogido de la nobleza granadina y un formidable número de lanzas y ballesteros.

Habia sido harto imprudente aquella empresa en la estacion de los calores, que eran aquel año insoportables.

Tal vez en otra época mas benigna del año, el bravo infante don Pedro, adquiriendo una nueva victoria, hubiera podido echar los cimientos de la conquista de Granada, y haberla llevado á cabo dos siglos antes.

A la salida del sol, una inmensa columna de polvo anunció la aproximacion del ejército granadino.

El infante don Pedro, ardiendo de entusiasmo, corria entre las haces, las animaba y las exhortaba á la pelea.

El infante don Juan, que mandaba la vanguardia, empezó á avanzar sobre el enemigo, y esta fué una gran desgracia.

Don Juan, ya lo hemos visto, no era el hombre de la batalla y de la gloria, sino el reptil de la intriga y de la infamia.

Al llegar al extremo de la estensa planicie que se estiende á los piés de las vertientes de Sierra Elvira, como los moros estuviesen ya muy cerca, le asombró su número, el estruendo de añafles y atabales y la rapidez con que venian.

Don Pedro hubiera cerrado contra ellos con las lanzas bajas,

sin vacilar ni temer, sin contar su número; y tal vez, arrollando la vanguardia enemiga como otras veces, hubiera metido en sus taifas la confusion y hubiera alcanzado la victoria.

Pero el infante don Pedro estaba lejos, y al ver retroceder al infante don Juan con toda la vanguardia, se arrepintió muy tarde de haberle confiado aquel puesto de honor.

Pero ya no habia remedio: la vanguardia, acometida en su retirada por los moros, se habia acobardado, envolviendo en su huida á las lanzas de las Ordenes militares y á las de los arzobispos de Toledo y de Sevilla.

Al ver huir á estas bravas milicias de Cristo, tan terribles siempre en el combate, la hueste que comandaba el esforzado infante don Pedro empezó á ciar.

Don Pedro acudió á todas partes, les afeó su cobardía, les dijo que valia mas la muerte que la vergüenza de la fuga, rehizo un buen número de lanzas, recogió al infante don Juan, contuvo á las Ordenes militares, y acometió á su vez con tanta bravura al enemigo, que el éxito de la batalla estuvo por algunos momentos indeciso.

Pero ya no habia remedio: los moros habian crecido en audacia al ver retroceder los estandartes de las Ordenes, que tanto conocian, y los cristianos habian perdido la fé en la victoria.

El calor arreciaba, ahogaba el polvo, el claro Genil estaba muy distante: no habia agua; resistian los moros, acostumbrados al clima y provistos de odres, conducidos en acémilas por el previsor Ismail.

La sed, el calor, el cansancio, la desesperacion, la cólera, rindieron al fin de tal modo al valiente infante don Pedro, que sin que le hubiese tocado el hierro enemigo, cayó de repente muerto del caballo.

Cundió esta terrible noticia, perdió su última esperanza el ejército, y nadie pudo ya contener su fuga, que se pronunció abiertamente.

El espanto, á par que la sed y el cansancio, dieron tambien en tierra con el infante don Juan, que aunque no murió en el mo-